

Introducción

La historiografía de la guerra del Paraguay, que tuvo una interpretación homogénea de sus participantes aún antes de culminar, encontró con el revisionismo un punto de ruptura y emergencia de lecturas nacionales. En la Argentina su máxima productividad se alcanzó a fines de los cincuenta. Su lectura sirvió de guía tanto para una explicación de la guerra, como de las persecuciones de que sufrieron los movimientos populares, fueran el peronismo o la revolución cubana.

Con la caída de los gobiernos militares y la apertura de los archivos paraguayos en la década de los ochenta surgieron nuevas líneas de indagación que cuestionaron la hipótesis de la conspiración imperialista británica que acaba con un modelo de desarrollo autónomo como causa de la guerra. Entre las nuevas lecturas, la de Francisco Doratioto ha tenido gran repercusión entre historiadores y público argentinos especialmente por su crítica del revisionismo, del que toma como oponente al argentino León Pomer.

Sin embargo, y pese a sus méritos, no concuerdo *in toto* con el balance que realiza del revisionismo, al que sitúa originalmente en Paraguay y vinculado a la manipulación de los sentimientos nacionales por parte de las dictaduras vernáculas del siglo XX. Hay otras lecturas que permiten tomar más productivamente estos fenómenos.

En este texto comienzo mencionando la cuestión del exterminio y el problema de la incómoda denominación de esta guerra. Entiendo que es necesario realizar una historia de la masacre del pueblo paraguayo debido a sus características únicas, sin descuidar el cuadro bélico, pero enfatizando esta singularidad.

Posteriormente ofrezco una lectura, la de Laura Reali, que ubica la génesis del revisionismo en Uruguay y por legítima causa. Luego considero su surgimiento en Argentina y las convergencias entre planteos nacionalistas antiliberales de derecha y antiimperialistas de izquierda. Respecto del revisionismo, realizo un balance de sus supuestos, simplificaciones y omisiones. Cuestiono su tendencia a

unificar el proceso social y económico paraguayo y su fatalismo histórico. Por lo tanto, veremos entonces las diferencias entre Francia, Carlos López y Solano López en los aspectos económicos, socioculturales y en las políticas de estado. Discutiremos acerca de cuál es el desarrollo económico real del Paraguay prebélico.

Además, propongo dos lecturas del conflicto, tomando con cierta licencia dos explicaciones, una de Alberdi, otra de Sarmiento. Alberdi habla de la guerra del Paraguay como un capítulo de la lucha por la emancipación americana. Sarmiento la califica como una “guerra de civilizaciones”. Un uso libre de estos términos permite otros desarrollos historiográficos posibles. Entiendo que Thomas Whigham es un insumo para estos caminos, al igual que Efraím Cardozo.

Agradezco la invitación de Tomás, la compañía de todos, y las sugerencias de estilo de mi esposa, Marita Grillo. Y especialmente la generosidad de Cristina Elizalde, quien me permitió acceder a un valioso archivo de fuentes de primera mano sobre el conflicto.

El fin de la historia del Paraguay

Analogías

El investigador paulista Francisco Doratioto comienza su historia sobre la *Maldita guerra* recapitulando las sucedidas entre 1740 y 1974, y afirma que en dos tercios de ellas triunfó el agresor, y su duración no se extendió más de cuatro años. “Por lo tanto –concluye-, la guerra del Paraguay forma parte de la minoría, ya que el agresor paraguayo fue derrotado y la lucha se extendió por cinco años”, incluso seis, si consideramos que se extendió desde 1864 hasta 1870. Es clara su necesidad de normalizar esta guerra, de clasificarla en un conjunto. Doratioto (2006) intenta reconstruir un escenario de tensión regional que resultó en una guerra deseada por todos sus participantes, que suponían que un conflicto rápido fortalecería sus gobiernos.

El historiador norteamericano Thomas Lyle Whigham (2006) afirma, por su parte, que el conflicto fue clave en fomentar un nacionalismo que no existía en la región y engendró los actuales estados nacionales: “Gracias a ella, la Argentina se volvió estado-nación sobre la base de la política porteña. La guerra también dio vida política al ejército del Brasil”, lo que llevaría en veinte años a la caída del imperio. Uruguay, imaginado en 1928 por Inglaterra como un algodón entre Brasil y Argentina, dejó de ser invadido, transformándose en *el paisito* que conocemos. “Y en Paraguay la guerra destruyó el país, hiriendo radicalmente a su economía y causando la pérdida de más del 60% de su población de 450.000 habitantes”.

Esta cifra resiste a la normalización; no ha habido guerra alguna en la que un país haya perdido a la mayor parte de sus habitantes. ¿Qué lugar debe ocupar esta masacre en la ponderación del historiador? Sabemos que la historiografía tradicional la adjudicaba simplemente al despotismo de Solano López, aunque “un tirano puede obligar a la obediencia, pero no al coraje y al auto-sacrificio”, señala Whigham. En sus términos, “una nación es una comunidad de gente compuesta de una o más etnias e idiomas con su propio territorio y gobierno”. Esta conjunción de poder unificado, territorio y población con un idioma común, y una historia de aislamiento con actitudes xenófobas le dan al Paraguay una coherencia social que

no existía en el Plata. Para Whigham el Paraguay es antes de la guerra la única nación del Plata, asentada en tradiciones homogéneas de solidaridad comunal, y Solano López entonces sólo participaba de la creencia popular de los paraguayos “que enfrentaban el exterminio de todo lo esencial –su comunidad, sus esposas, sus hijos- amenazado por los soldados aliados, los nuevos bárbaros”¹. Whigham nos ofrece una lectura que explica esta masacre a partir del choque entre una comunidad tradicional y étnicamente consolidada y los estados más complejos y artificiales que la rodeaban.

La relación entre la consideración de los aspectos bélicos de la guerra, y de los demográficos, define la estrategia historiográfica que se adoptará. Doratioto ha indagado más en la explicación bélica y en el contexto político que en el exterminio, un hecho histórico que le ofrece dudas en cuanto a su magnitud. En un somero balance indica que habría muerto entre un 9 y un 69% de la población. De todos modos, estudios confiables citan la cifra de 450 000 a 600.000 habitantes en 1864 y de 150 000 a 200 000 en 1870, 90% de ellos mujeres. Doratioto se ocupa con indignación de quienes pretenden, en el centenario de la muerte de Solano, que las víctimas paraguayas han sido un millón, basados en el censo de 1857, que daba la cifra de 1 337 000 paraguayos, pues considera que este número es inflado.

Si bien Doratioto responsabiliza a López por la mayor parte de las muertes, producidas por las marchas forzadas de civiles ordenadas por él, las fuerzas brasileñas tienen una participación que explica parcialmente la desproporción de género de los sobrevivientes, o como indica actualmente la corrección política, y más aún en este caso, de las sobrevivientes: nos referimos a la práctica de las tropas de violar a la gran cantidad de mujeres que solían acompañar a los soldados, lo que les daba alguna posibilidad de sobrevivir, mientras que a los adolescentes simplemente los mataban. En *Piquissiri* (diciembre de 1868), por

¹ En realidad, quien llevó el mayor peso de la ofensiva militar fue el Brasil, que proveyó el mayor contingente militar, y continuó la guerra en 1868, cuando ocupó Asunción luego de la retirada de Mitre del escenario bélico. El imperio del Brasil podría ser considerado asimismo una nación con un idioma común y un poder centralizado. Pero sus conflictos políticos internos entre grupos conservadores, liberales, monárquicos y republicanos, le impiden ser descrito con la característica comunitaria que Whigham define para el Paraguay.

ejemplo, fueron capturados 1200 varones y 300 mujeres, con el destino ya comentado².

Sin embargo, la imagen del avasallamiento del Paraguay sigue vigente como parte de una escena originaria, y a la vez pública. Cristina F. K. al devolver trofeos capturados al Paraguay, gesto antes realizado por Juan Perón, ha repetido la calificación de “guerra de la triple infamia”³. Como en pocas guerras, esta necesidad valorativa se impone desde sus denominaciones y referencias. Infame, maldita, “guerra sucia”, como la denomina León Pomer; los términos sugieren la dificultad de aceptar su legado, situación que no suele ocurrir en la mayoría de los relatos bélicos que constituyen a las naciones.

La afirmación acerca de que el agresor en esta ocasión ha sido vencido tiene más fuerza argumentativa que necesidad histórica; intenta situar de un modo diferente la apreciación del lector, pues el combate ahora es por la opinión pública. Si nos preguntaran acerca de la primera guerra que nos viene a la memoria en la que el agresor fuera derrotado luego de seis años de lucha, ¿qué responderíamos? Rosendo Fraga, en su historia argentina contrafáctica, titulada *¿Qué hubiera pasado si...?* sostiene, a partir de dos hipótesis bélicas opuestas, que Paraguay pudo haber ganado esta guerra. Por un parte, mediante una *blitzkrieg* de estilo nazi, y por otra, a partir de la suposición de que no sería atacado; podríamos llamar a este último “el cálculo Galtieri”, pues Fraga análoga la invasión paraguaya al Matto Grosso con la de las Malvinas. Ninguna de estas suposiciones tiene rigor histórico; forman parte del pensamiento provocativo, o de la imaginación política de Fraga. Pero Doratioto, quien tiene la pretensión de establecer un texto riguroso y definitivo, basado en el análisis de la documentación histórica, *también* recurre ocasionalmente a imágenes del presente histórico-cultural que funcionan como íconos, así, en el epígrafe cita un párrafo que compara a la guerra del Paraguay con la de Vietnam; una guerra

² Cf. Garmendia, José: *Recuerdo de la guerra del Paraguay* (1890); Buenos Aires, Casa Editora.

³ Perón intenta en 1954 un convenio de unión económica regional con Paraguay que, junto con las afinidades políticas, explica las historiográficas. El acto del gobierno de Fernández de Kirchner, en cambio, adolece de aquellas motivaciones.

contra el territorio y la población; “lo notable es que hayamos vencido”, se concluye. El propio Doratioto afirma que la lógica económica del Paraguay, en constante crecimiento, debía salir de su encierro; “a buscar su *Lebensraum*”⁴ (espacio vital). Recordemos que el término se aplica a la economía nazi, un modelo de desarrollo económico precario que encuentra su salida en términos de una expansión política y territorial (Procacci, 1996)

Imágenes del exterminio

Pero esta comparación con el generalato autócrata no describe la característica más saliente de esta guerra. En 1969, Eduardo Luis Duhalde y Rodolfo Ortega Peña aluden a ella, en un prólogo doblemente trágico al *Pensamiento político de Solano López*. Sostienen que con el general, su país recibió la voluntad de poder y la mística que lo llevaría al desarrollo pleno de sus fuerzas productivas, y en la guerra a soportar heroicamente el exterminio físico de dos tercios de su población antes que consentir a la dominación colonial extranjera. Para ellos, Solano López era el conductor revolucionario de las condiciones objetivas que llevarían a la construcción de la mayor potencia sudamericana. Es el que aceptó el desafío británico y labró una epopeya, la de su muerte y la de sus servidores, que había previsto y aceptado. “Porque su gran visión de estadista revolucionario le permitió advertir con claridad, en medio del teatro de la guerra, que no siendo posible la victoria, era necesaria la destrucción física del pueblo y su muerte al frente de la resistencia a los invasores (negándoles la posibilidad de silenciar ante la historia su crimen) para legar así a las generaciones venideras el ineludible mandato de constituirse en nación soberana. La epopeya lopizta es sin lugar a dudas la gran riqueza espiritual de la Nación paraguaya atesorada en largos años de patriótico culto”. Paraguay entró en la historia con la historia de Solano López. Y quizás no podía ser de otra manera, si pensamos que ambos militantes no consideraban la necesidad de una constitución, la libertad de prensa, y otras instituciones burguesas.

⁴ Doratioto (2006), pág. 39, nota 58. La frase pertenece a Luiz Moniz Bandeira.

García Mellid (1961), al describir la batalla de Lomas Valentinas, había postulado similar victoria moral: “El ejército paraguayo quedó liquidado; al mariscal López lo rodeaban apenas cien sobrevivientes (de 9000 soldados que habían luchado contra 25000 brasileños). Pero este puñado quedó dueño de la situación y las fuerzas brasileñas se sintieron alcanzadas por una colosal derrota. O’Leary comenta el hecho así: *En esta batalla debió terminar la guerra. Un regimiento de caballería hubiera bastado para rodear a aquellos curiosos vencedores. Pero si no teníamos más que noventa hombres sanos, aún nos quedaba una fuerza moral tan grande que ante el sólo recuerdo de lo que habíamos sido, el enemigo se sentía abrumado y miraba con terror esas lomas pobladas de (diez mil) muertos*”. Ambos historiadores encuentran una explicación psicológica para uno de los hechos más extraños de la guerra, la fuga de López del 27 de diciembre de 1868, que la prolongará hasta 1870. Si bien desconocemos los motivos de la fuga, es claro que los comandantes y la tropa brasileña sufrían de un “abatimiento psicológico”, e incluso Doratioto menciona la “flaqueza o cobardía” de la infantería, aún en batalla tan favorable, lo que no parecía sucederle a Solano López.

Pero llegó Cerro Corá, el 1º de marzo de 1870. Así lo describe Juan Silvano Godoi, un paraguayo liberal de la época: “A la cabeza de aquel enjambre andrajoso de noventa pueblos, resto moribundo de una antigua i culta sociabilidad cristiana: a la cabeza de aquellas lejiones-espectros extenuadas por el cansancio, la desnudez i el hambre marchaba el formidable teratólogo envuelto en oscura polvareda. (...) capitaneando aquel convoi fúnebre de sombras famélicas rumbo al norte, en los harapos de su uniforme, penurias, luto, polvo del camino, barro i también heroísmo imperecedero. ¿Hacia dónde se dirigía ese ser impávido, a qué mundo, a qué región ignota encaminaba su fortuna?. (...) Estaba en presencia del ineluctable final de la pavorosa tragedia, que su monstruoso orgullo le había hecho consentir, dependía impositivamente de su voluntad omnímoda su prolongación definitiva. Por primera vez aquel puñado de hombres se sintió desfallecido. Los soldados de López que hacía meses no probaban un bocado de carne ni de materias arináceas, alimentándose malamente con raíces i frutas

silvestres verdes, se encontraban completamente postrados, hasta el punto de serles imposible permanecer en fila. Se pusieron penosamente en pie para recibir el choque del enemigo i volver a caer definitivamente”.

Por última vez compareció López sobre su caballo de batalla, á ocupar su puesto a la cabeza de aquellos soldados fantasmáticos. Ha sido el árbitro implacable de los destinos de un pueblo, al que sacrificó despiadado a su capricho, i es llegada la hora de entregar, a su vez, al azar el suyo propio.”

Pareciera que Godoi, con este relato de ambigua belleza, no pudiera escapar de la fascinación por su enemigo López. Pero esto es aún un relato épico de la guerra. Quizás una última comparación nos permita comprender la diferencia entra la fascinación y el exterminio.

Felipe Pigna (2008), en “La dignidad rebelde” exalta “la heroica resistencia de Solano López y lo que queda de su ejército. Con su inseparable compañera, madame Lynch, la princesa de la selva, llegó a Cerro Corá. Las campanas de las iglesias se habían transformado en cañones que a falta de balas disparaban piedras, huesos y arena. El presidente paraguayo se defendió como un tigre acorralado”

Preguntémosnos qué habrán visto los niños paraguayos en la selva: ¿princesas, valientes felinos?. ¿Qué miraban los niños paraguayos? El general Cerqueira recuerda (Doratioto, 2006; 420): “....Había niños desnudos, amarillentos, barrigones, con las costillas al aire, mirándonos espantados. Aterrorizados, nos sonreían con miedo porque en esas marchas sufridas perseguíamos a sus padres, a sus abuelos y a sus hermanos”.

¿Qué mirada caía sobre esos niños?; ¿cuáles eran sus pensamientos últimos?. “Todavía estoy viendo las lanzas despidiendo los cuerpos de aquellos que iban hiriendo y que por lo general caían agachados, y más que eso, enrollados sobre sí mismos. No pocos de los infantes trataban de defenderse con la espingarda, pero esa resistencia era momentánea; algunos arrojaban el arma, ocultaban el rostro entre los brazos, bajaban la cabeza y estiraban el cuello esperando el golpe de las espadas”.

El Vizconde de Taunay (Doratioto; 2006; 398) recuerda así la última gran batalla, Campo Grande, en donde murieron 2000 paraguayos y los brasileños tuvieron 26 muertos y 259 heridos. Los paraguayos no tuvieron heridos. Esta sí es la guerra del Paraguay, la que exaltaban Duhalde y Ortega Peña, decidida por López, y terminada por los soldados brasileños, “embrutecidos por años de guerra y cansados de un enemigo que no se rendía”, como admite Doratioto.

“Pude ver a un paraguayito herido que le gritaba a otro herido, pero que estaba en pie: *Amigo, mátame por favor*”, repite Taunay. Vaya nuestro homenaje a los hijos del Paraguay: la paz sea con ustedes⁵.

La génesis del revisionismo (incluidos dos hijos)

Como vimos con Godoi, la historiografía liberal inmediata a la guerra no dudó en explicarla a partir de las características personales del líder paraguayo, un ambicioso y desequilibrado tirano. La mutación que habría de llevar a Solano López de tirano a héroe, conocida como revisionismo, nació para Doratioto en el Paraguay de 1920 y 1930 con el historiador local Juan Emiliano O’ Leary, y llegó a ser ideología oficial en 1936, mediante un decreto de estado. El general Caballero, fundador del Partido Colorado, había sido un hombre de López. El revisionismo colorado, naturalmente, lo nombró su heredero político.

En la Argentina, un hito del revisionismo histórico de la derecha nacional lo constituye la monumental obra de Atilio García Mellid *Proceso a los falsificadores de la guerra del Paraguay* (1963). Por la misma época, José María Rosa escribía *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*⁶, ambos textos no citados por Doratioto, empeñado en ubicar el nacimiento de esta revisión en Paraguay, y en torno a una disputa por la posesión de tierras ubicadas en Brasil y la Argentina entre sus actuales poseedores y los herederos de Solano López, pues le sobrevivió su hijo Enrique Solano López, y también *madame Lynch*.

⁵ Acerca del tráfico de niños durante la posguerra, Cf Decoud, Héctor (1925): “Sobre los escombros de la guerra. Una década de vida nacional 1869-1880”; Asunción.

⁶ En realidad, García Mellid había publicado en 1957 su *Proceso al liberalismo argentino* y Rosa publicó su texto en el semanario *Mayoría* entre 1958 y 1959.

En la versión de Doratioto, el interés, en principio pecuniario, animó a algunos intelectuales paraguayos a tomar partido por los herederos del general, mientras otros quizás se vieron más atraídos por la reconstrucción de un imaginario⁷ que en su versión liberal sólo ofrecía una anti-historia de dictaduras y miserias, morales y materiales.

La historiadora argentina Laura Reali observa el surgimiento del revisionismo en Uruguay, en una fecha anterior, y a partir de sentimientos políticos y filiales. Luis Alberto de Herrera, hijo de Juan José, canciller de los gobiernos uruguayos blancos anteriores al conflicto⁸, ya en 1884 reivindicó a los caídos en Paysandú, que había sido bombardeada por la escuadra del almirante brasileño Tamandaré, y junto con otros diputados del partido blanco organizó en 1906 un repudio a Mitre en el día de su muerte. Esto originó un debate periodístico sobre la figura de Mitre, considerado por Herrera un factor clave tanto de la unidad argentina como de la división oriental, portador de una “doctrina mutiladora” que impidió la creación de una comunidad de estados ribereños y de un Paraguay fuerte y aliado, que hubiera equilibrado a la región.

Entre 1908 y 1926 Herrera publicó cinco volúmenes sobre la guerra del Paraguay, titulado el último de ellos *El drama del 65, la culpa mitrista*. En la primera década del siglo XX, comenta Reali, Herrera se comunicó con Enrique Solano López y Juan O’Leary, que le dieron amplia difusión en Paraguay, y con el argentino Ernesto Quesada, crítico argentino citado por Herrera en su segundo tomo, de 1911, y el primero en situar la responsabilidad argentina en la caída del gobierno de Aguirre y en el desencadenamiento de la guerra. A diferencia del Paraguay, en la Argentina Quesada no encontró eco. Reali acoge favorablemente los aportes de Herrera, considerando su acceso a documentos familiares y de estado, y la incorporación de informaciones obtenidas por testigos directos, como el almirante Guerrico, quien con Gelly y Obes trasladaron a Venancio Flores a Uruguay en 1863.

⁷ Cf. en Marí, E (1993): “Racionalidad e imaginario social en el discurso del orden”, en *Papeles de Filosofía*, Buenos Aires, Hachette.

⁸ Derrocados por Mitre y Pedro II, lo que motivó la intervención paraguaya como réplica en Mato Grosso.

Este testimonio derribó el pretendido argumento de la neutralidad argentina esgrimido por Mitre. Incluso Doratioto admite que el propósito del canciller Juan José Herrera fue “implementar una política externa independiente verdaderamente nacional”, rompiendo con la dependencia de la Argentina y Brasil. Esto ha sido evidente con el presidente Berro, quien prohibió la venida de esclavos gaúchos, gravó el traslado de ganado uruguayo a las fazendas, y canceló la libre navegación de los ríos para los barcos brasileños. Asimismo, y en sus términos, Paraguay también intentó tener una política exterior original e independiente.

No me quedan dudas de que esta inconcebible pretensión de independencia de ambos países fue una de los motivos de la guerra. Incluso la vemos afirmada por vía negativa por aquellos historiadores que critican al gobierno del Uruguay por haber perdido el sentido de la política real de la región. Siendo así, es lícito suponer que la del Paraguay fue una guerra de independencia, término que utiliza Alberdi, aunque en otro sentido, pues él habla de la emancipación americana, y yo de la del Paraguay. No es extraño, pues él también había perdido el sentido de la realidad, al afirmar, luego de la caída de Asunción, que el Paraguay vencería.

Resulta llamativo que Doratioto toma para ubicar la génesis del revisionismo un lugar de escasa calificación al acercarlo a intereses del oficialismo paraguayo y del hijo de Solano López, cuando su origen, no consignado por Doratioto tiene lugar, en cambio, en la oposición uruguaya y con el hijo de Herrera. Por supuesto, la tierra de su máxima fertilidad ha sido el Paraguay, como bien lo señaló.

Quizás habría que pensar, además del papel que tuvo en la consolidación del aparato estatal⁹, que la razón de la popularidad del revisionismo paraguayo se asentaba en la recuperación de la lengua vernácula, el guaraní, que había sido prohibido durante la “reorganización nacional”. En ese sentido, podemos revisar cómo se caracteriza al objeto “pueblo” en la disputa “liberal-revisionista”. Cecilio Baéz, historiador y presidente de Paraguay durante 1905, destaca entre las características paraguayas contrarias a la civilización, además del gobierno de López, el carácter salvaje de la población guaraní. Esta política de

⁹Y que Doratioto pudo haber relacionado más explícitamente con la guerra del Chaco de 1935.

desculturización masiva chocó en la década del veinte contra el revisionismo, que hablaba el idioma de “los de abajo”. La popularidad de López nunca pudo ser extinguida; de hecho su natalicio se conmemoró con el de San Francisco Solano desde 1870. Pero encontró en el revisionismo su definitiva legitimación. Muchas historias dan cuenta de esta “manipulación”; sin negarla, podríamos quitarle su aura de “negatividad” respecto del pueblo manipulado, lo que nos permitiría indagar en una historia de las representaciones sociales efectivamente acaecidas.

La economía moral y la comunidad esencial

El revisionismo histórico argentino construyó con la guerra del Paraguay una analogía favorable a su lucha contra el liberalismo. Los textos de José M. Rosa y Arturo Mellid se dieron a conocer entre 1958 y 1963. En la época de proscripción del *tirano* argentino, encontraron en el paraguayo a un gobernante que sobrevivió a un silenciamiento mucho más implacable. Pero fundamentalmente hallaron una contrahistoria “reprimida en el ámbito académico y culto pero que sobrevivió en la memoria de los sectores populares” (Brezza, 2007), y por supuesto, un sujeto social esencial para constituirse en oponente o víctima del liberalismo.

García Mellid dio cuenta de esta antinomia. Con la acción del liberalismo, señaló, “quedó mutilada nuestra personalidad y postergada la aspiración de crear un nuevo orden universal basado en los valores espontáneos y genuinos de la tierra”. Mellid trasladó estos valores al cierre de la economía propuesto por Francia, cuyo estado se basó en las confiscaciones, multas e impuestos forzosos y la expropiación de las tierras eclesiásticas en 1824. El Estado monopolizó el comercio y organizó las “estancias de la patria” que explotaba o arrendaba a campesinos. Quizás Francia practicaba un bullionismo a destiempo al prohibir el comercio en metálico, y sostener su monopolio estatal manteniendo, al estilo de Colbert, una economía estable y una moneda convertible. De todos modos, gran parte de las transacciones se establecían mediante el trueque. Mellid comenta que el comercio exterior, al cual se oponía Francia, es un “germen de anarquía, lucha de facciones”. Así, definió un carácter nacional y una economía con una

base religiosa, que comienza con un rechazo del liberalismo y culmina por desestimar toda economía de exceso.

Curiosamente, desde el pensamiento antiimperialista de izquierda, León Pomer llegó a conclusiones similares. Afirmó que el Dictador Perpetuo sabía que con la libre introducción de mercancías se formaría una clase orgánica contraria al interés nacional, que acabaría por apoderarse del Estado y corrompería las formas de ser, vivir y pensar del pueblo paraguayo mediante la abundancia de artículos innecesarios.

Si bien no está explicitada, parece suponerse en ambos autores la existencia de una comunidad originaria, nacional, cerrada y cercana a la naturaleza, en peligro de ser disuelta por la cultura capitalista. Llama la atención que en textos que parecen tomar a la comunidad como categoría se omita su análisis empírico: la sociedad paraguaya, que conserva rasgos hispanos arcaicos, tiene fuerte rechazo por los negros y mulatos, y por las tribus indígenas con las cuales ha debido luchar¹⁰. Algunas de estas cuestiones se pueden ver en los *Episodios de la vida privada, política y social en la república del Paraguay*, de Ildefonso Bermejo (1873), si se logra despejar su oportunismo político.

La homogeneización de una comunidad de hablantes hispanos, guaraníes y de tribus indígenas y mestizos es una construcción; reificarla es justamente sacarla de la historia. Pero en las obras de Mellid y Pomer, y en gran parte de los textos sobre la guerra del Paraguay se postula una identidad nacional homogénea¹¹, lo que explica la mención insistente de Gaspar Francia, al que se le supone una continuidad con los gobiernos posteriores. Pomer, al postular el antagonismo entre el imperialismo inglés y el nacionalismo estatal paraguayo estableció claramente un enlace entre los proyectos de Francia y los López. Este fatalismo histórico, o más propiamente económico, encontró en las decisiones que toman sus antecesores el castigo que sufrirían Solano y su pueblo.

¹⁰ Por ejemplo contra los guaycurúes, aliados de los portugueses.

¹¹ Aunque podría hacerse similar objeción a Whigham, este autor menciona su carácter de construcción progresiva.

Sin embargo, el texto de Whigham (2006) afirma que Solano López construyó un nacionalismo de base indiana, opuesto a la modernización que había propuesto su padre. Carlos López pensó en la construcción de un Estado con características burguesas y orientado a las metrópolis europeas, en particular París, y bastante separado de la comunidad y de la cultura guaraní. Solano López fue enviado a Europa con la finalidad de continuar ese proyecto, pero su proyecto militar lo llevó a la necesidad de rescatar valores comunitarios y de raza cuando percibió la inevitabilidad de la guerra en el Paraguay. En ese sentido, Solano López fundió el Estado, la comunidad guaraní y su personal gobierno en un todo.

La modernización económica de Carlos López

Cuando Carlos López asumió la presidencia en 1844 encontró en Buenos Aires las mismas dificultades que en 1817 con Pueyrredón, quien había prohibido la introducción de mercancías paraguayas (tabaco) hasta que Paraguay se reincorporase al Plata. Similar clausura del río por Rosas y Oribe empujaron a Carlos López a aliarse con Corrientes y Paz, con la protección del monarca brasileño. Lo que ha ocurrido entre Francia y Carlos López es la apertura de Paraguay a la política del río, y algo más, al decir de Sarmiento: “En los tres años que han mediado entre el consulado y la presidencia del Paraguay, el poder ejecutivo no ha dormido (...); ha encargado una imprenta para el servicio del Estado; ha organizado la milicia, sistematizado las rentas; ha abierto caminos, formado villas, atendido a la educación primaria; ha echado los cimientos de un colegio nacional”¹².

Pero principalmente había generado una acumulación de capital y promovido, con la caída de Rosas, una apertura de las exportaciones de materias primarias, con importación de técnicos y tecnologías. Con las utilidades afrontó una modernización con pago directo de bienes de capital en particular a compañías inglesas tecnológicamente más avanzadas. En este tema Pomer toma puntos de vista más actuales que reflejan discusiones marxistas de los 60 acerca

¹² Citado en Cárcano (1939), pág. 147.

del papel del Estado como vicario de una burguesía ausente, con el apoyo político de las clases más populares: los campesinos y artesanos.

Pero para que el ejemplo paraguayo sea válido tiene que haber una concepción clara de qué Estado estamos considerando. Carlos López le da forma al gobierno; a diferencia de Francia, promueve sus instituciones; fortalece el estado policial heredado, con capacidad de recaudación, y propietario de toda la tierra, y promueve además la organización del sistema escolar y del ejército, vínculos que complementan o superan al de la tierra arrendada. El Estado nacionaliza el comercio exportador y forma a sus futuros técnicos en el exterior. Prueba de esta apertura es que el propio Solano López es enviado a Europa en 1854.

Desde Francia el país produce sus propios útiles, inicialmente azadas e instrumentos de labranza; con Carlos López llegará a construirse (1850-60) una flota de 12 buques de vapor con casco de madera. Con motores y técnicos traídos de Europa, y aprendices llevados allá en esos mismos barcos, esta iniciativa supuso levantar muelles, talleres de reparación, pequeñas fábricas y tinglados para su construcción (Kroeber, 1967; 94)¹³. Esta vía de expansión económica paraguaya se torna un modelo de desarrollo posible en pequeña escala. Halperín Donghi (2005) señala con ironía el real tamaño y la magnificación posterior de estos “avances modestos pero reales” al comentar que Carlos López, organizó una flota de vapores y una “fundición de hierro presentada por algunos de sus tardíos admiradores como el Ruhr paraguayo y una de cuyas obras maestras puede aún admirarse: es una artística escalera de hierro en una casa de Asunción”.

La apreciación de Pomer, aunque más generosa, es válida para caracterizar el período de Carlos López, pero apreciamos que su posición, y también la de Mellid, respecto de Gaspar Francia y su rechazo de la actividad comercial, en

¹³ El puerto de Buenos Aires, si bien concentraba más actividad, lo hacía mayormente con barcos de vela, lo que sucedería hasta 1867. Pero el imperio del Brasil, que había intentado sin éxito penetrar hasta Asunción en 1855, utilizaría esta experiencia para armar en los diez años siguientes una armada apta para el Paraguay superior, con navíos botados en Inglaterra, con coraza de acero. La navegación sufrió cambios fundamentales desde 1860; Paraguay no pudo equipararse a ellos.

especial extranjera, es contradictoria con ella. Si Francia desestima el comercio, entonces tal continuidad, llamada “socialismo” por Pomer, debe ser revisada.

El balance de Doratioto de la economía paraguaya es magro en un doble sentido: por el poco espacio que le dedica, un plumazo de dos páginas en un total de 600, y por considerarla un mercado interno diminuto, y atendido por bienes de capital ingleses. Doratioto hace una historia militar, lo que resulta apropiado cuando se trata de una guerra. A nuestro juicio, donde Doratioto consigue un enfoque más original es al considerar la situación interna de los tres países aliados. Si se tomara aisladamente su análisis sobre los cuatro países de la disputa, cualquiera podría ser considerado el responsable de esta masacre.

El Estado y sus instituciones políticas (incluido el matrimonio)

En cuanto a la transformación del Estado paraguayo, la teoría de gobierno, el tipo de sistema político y de sucesión en el mando que imaginaba Carlos López se explicitó en *El Semanario*, órgano oficial del gobierno, en marzo de 1861, un año antes de su muerte. Sostenía que con la autonomía los nuevos países sustituyeron la institución monárquica española por repúblicas inestables. Las excepciones a la anarquía han sido Brasil y Paraguay. La monarquía es la institución más adecuada para garantizar la libertad, así como la república no la garantizaba con Cronwell o Bonaparte, nos recuerda Carlos López. Nada mejor que una buena monarquía constitucional, al estilo de Napoleón III, al cual Solano López conoció. Con estas características, este modelo no excluye necesariamente al liberalismo, como lo probará Brasil.

Efraín Cardozo afirma que este proyecto institucional era una forma de ponerle coto a su hijo Solano, cuyo carácter bien conocía. En 1862 hubo un conato frustrado de constitución liberal, encabezado por el padre Maíz, y Benigno, hermano de Solano López. La intención es la misma que Cardozo le suponía a Carlos López: sabiendo que el ascenso de Solano era inevitable, al menos se proponían limitar sus poderes. El resultado ha sido un tanto irónico: si la república no garantizaba la libertad, prueba de ello es que el Paraguay siguió con ese régimen. Solano López reprimió el complot con dureza, como habría de hacerlo

otras veces durante sus años de gobierno. Pero Cardozo señala que Solano López convivió con la vestimenta republicana mientras esperaba conseguir de Pedro II la mano de su hija Leopoldina, lo que equivale a decir, el respaldo internacional de la familia Braganza, para fundar su propia dinastía¹⁴. José María Rosa comenta el hecho, aunque atribuyendo a Pedro II la intención del casamiento, mientras que “López II hizo imposible el matrimonio político al desembarcar en Río de Janeiro acompañado de Elisa Lynch”. En cualquiera de los dos casos poco cortés, y especialmente torpe si quería la mano de la princesa, no hubiera sido López el primer monarca con una amante.

Dos matrimonios pueden ser considerados asuntos de interés para la guerra; uno por haberse consumado, y el otro, como vimos, por no tener lugar. El matrimonio que sí existió fue el de Rufino de Elizalde, canciller argentino y firmante del tratado secreto de la triple alianza de 1865 con Manuela Leal, hija del ministro de relaciones exteriores del Brasil y de Manuela Lavalle, sobrina de Juan Galo. Al respecto, Alberdi analoga (1962; 243) las relaciones entre el Imperio y la Argentina con las que ocurren en la casa Elizalde, entre su excelencia y la hija de su excelencia.

Alberdi sostiene la conveniencia de los proyectos monárquicos, pues “la república en Sudamérica puede ser simpática para nosotros, los republicanos sudamericanos. Para los dos grandes poderes de América, la república en suelo de su vecindad es algo más que simpática: es altamente útil y prometedora” porque ellos la consideran impracticable y anárquica (París, 1866). Alberdi, cual revisionista *avant la lettre*, plantea que la razón de la guerra estriba en “los intereses económicos de ambos mundos”, sólo que, a diferencia de los revisionistas del siglo XX, ataca como es sabido, más a los Estados Unidos del Brasil y de Norteamérica, que a Inglaterra.

En cuanto a la idea monárquica de Solano López, sabemos que en 1863 el gobierno confecciona un catecismo explícito, el del obispo San Alberto, que justifica el origen divino de los reyes y su poder de coerción, y permite apreciar el cambio en los fundamentos y la naturaleza de la monarquía respecto de la prevista por su padre, que pasa ahora a tener caracteres más absolutos, que se

¹⁴ Washburn comenta el hecho en su *Historia del Paraguay* (1871).

harán extensivos a la república. Leemos en él: “El rey no está sujeto, ni su autoridad depende del pueblo sobre quien reina; decir lo contrario sería que la cabeza está sujeta los pies (...) Ha querido Dios que los príncipes a más de potestad legislativa tengan la coercitiva, para contener con el temor de la pena aquellas almas bajas a quienes no contienen ni el amor ni la conciencia. No en vano, como dice el Apóstol, el soberano lleva espada”.

La guerra no es la continuación de la diplomacia por otros medios

La posición de Cardozo, exiliado del Paraguay por su militancia liberal, describe a un López más atento a ubicar al Paraguay en la escena regional e internacional como a un árbitro y actor necesario del equilibrio platino. Esta caracterización es compartida por otros críticos liberales paraguayos, lo que deja a López en un lugar más utópico, sin perjuicio de enrostrarle el sacrificio de su pueblo por esta ingenuidad. “Si López en verdad hubiera creído que estaba en inminente peligro la independencia nacional hubiera postergado el momento de la crisis el mayor tiempo posible, por lo menos hasta que llegaran los armamentos”, concluye. Su afirmación ilumina un punto de otro modo muy oscuro, si es que Solano López se preparaba realmente para la guerra: por qué no compró armamento desde que asumió en 1862 hasta mediados de 1864, pocos meses antes de la guerra. En realidad, la mayor parte del esfuerzo estatal se destinó al desarrollo del ferrocarril, el telégrafo, y la urbanización asunceña, con reminiscencias parisinas.

La razón verdadera de la actitud “imponente” de López era la de influir en la diplomacia y en la política americana. “La fascinante idea de hacer la guerra para llamar la atención del mundo y ganarse el respeto de las naciones poderosas” es mencionada por el ministro de los EEUU, Charles Washburn, quien en su *Historia del Paraguay* agrega: “Aislado cual se encontraba, así debía permanecer hasta que por sus hechos de armas pudiera compeler a las demás naciones a tratarle con mayor consideración (...) La guerra no podía durar sino algunos meses, por cuanto el Brasil no se encontraba en condiciones de empeñarse en una lucha larga, y después de verter sangre suficiente para demostrar que el Paraguay

poseía fuerza bastante para protegerse a sí mismo, sería fácil labrar la paz”¹⁵. Por eso concluye Cardozo que en la concepción estratégica de López los valores que estaban en juego en su política internacional “no eran de fuerza sino románticos”, o sea, de prestigio nacional. Otro historiador paraguayo, Rodríguez Alcalá, define la política exterior y personal de López con tres palabras: Romanticismo, voluntarismo y paranoia.

Doratioto abona indirectamente esta tesis al señalar que “el ejército paraguayo pudo haberse armado bien si López no apuraba su invasión a Mato Grosso”; el gobierno paraguayo había encomendado en Europa la construcción de acorazados y cañones. “Ante estas circunstancias, resulta evidente cuán absurdo fue el momento elegido para atacar a Brasil; en pocos meses el Paraguay hubiera podido contar con un armamento moderno que le hubiera permitido alterar el equilibrio militar regional”. Asimismo, Doratioto refrenda la tesis de Fraga, para quien la causa central del fracaso paraguayo residió en la incapacidad de López como jefe militar. Lo mismo había sido dicho en el siglo XIX por Estanislao Zeballos: “He demostrado que el mariscal López no ejecutaba su plan con energía sostenida, i que sus fluctuaciones y falta de audacia i de pericia militar fueron causa de que no invadiera á Buenos Aires en Abril, al frente de cuarenta mil soldados irresistibles, dominara la capital i se cambiaran los rumbos de la civilización política en el sur de América” (Godoi, 1912; 138). Si, como el propio López sostenía, su pretensión era “contribuir al equilibrio de los estados del Plata”, no podía proponerse semejante movilización. Su táctica parecía estar contenida en el tratado de Vattel (París, 1714-1767), quien planteaba la noción de “represalia” como forma provisoria de obtener satisfacción.

Para Cardozo, las negativas de Mitre y el Imperio a responderle por su cuestionamiento a las intervenciones en Uruguay, y el rechazo por parte de ambos de su papel como mediador, propuesto por Uruguay, lo fuerzan a cumplir con el ultimátum que había dirigido al Brasil: si invadía Uruguay, sería invadido en el Matto Grosso. Éste era un procedimiento que Brasil aplicaba al Uruguay, y que Inglaterra había usado contra Brasil.

¹⁵ Citado por Cardozo (1961), pág. 546. También cita en similares términos al ingeniero inglés Georges Thompson.

Entre noviembre de 1862 y enero de 1863 Inglaterra había bloqueado el Río de Janeiro y capturado cinco naves hasta obtener una indemnización por un buque, el Prince of Wales, hundido accidentalmente en Río Grande. La opinión pública carioca y la frustración del nuevo gobierno liberal encontraron resarcimiento en el Uruguay. Comenta Doratioto (2006; 68): “La intervención en el Uruguay tenía doble finalidad: impedir que el gobierno uruguayo quebrara la dependencia del Brasil –atendiendo a los reclamos de los ganaderos gaúchos- y producir una acción distractiva en el sur para que la opinión pública brasileña olvidase la humillación sufrida ante Gran Bretaña”. Como Uruguay estaba en guerra civil desde hacía 12 años y los brasileños participaban, especialmente del lado colorado, algunos morían, y le daban al Brasil argumentos para exigir satisfacción, e incluso para un *ultimátum*. Brasil incluso quiere apresar a un navío oriental, el *Villa de Salto*, que escapa grácilmente de la flota imperial. Con estos antecedentes y jurisprudencia internacional favorable, Solano López captura el *Marqués de Olinda* y envía un *ultimátum* a Río. Pero estas comunes y complejas relaciones vicarias entre diplomacia y hostilidad militar se precipitan hacia una guerra total. Doratioto la explica, citando a Kart Deutsch como un caso de “realimentación positiva”, es decir que los sentimientos de hostilidad en la opinión pública brasileña “habían escapado al control de quienes lo habían fomentado” (2006; 72). Brasil necesitaba un escarmiento continental.

Sarmiento y el fin de la historia

Habíamos mencionado que Pomer no hace un análisis del tipo de Estado ni de sus modificaciones en el período que considera; apenas se lee entrelíneas un posible socialismo nacional. El estado previo a la independencia es particularmente impreciso. *Tal como está presentado*, parece contener ciertos rasgos del modo de producción asiático, en particular cuando alude al criterio de necesidad como fundamento. Desde una perspectiva historiográfica tradicional inmediatamente posterior y crítica a Solano López, Cecilio Báez califica a todo el estado anterior a 1865 de “despotismo oriental”. Y Sarmiento en su proclama al regreso del ejército en 1869 define la guerra como a un choque de civilizaciones

entre “el despotismo antiguo y la libertad moderna”. Incluso Pomer, y el revisionismo en general con sus concepciones de economía moral y de rechazo del liberalismo, y de Inglaterra, integran la antinomia propuesta por Sarmiento, obviamente que del lado de la civilización retrógrada.

Habíamos señalado que Whigham afirma que Solano López homogeneizó a la comunidad paraguaya en un sentido de afirmación indiana y antieuropea. Este proceso se fue solidificando durante la guerra. Recordemos que a López le fue rechazada en Yataí Corá la rendición negociada en 1866. A partir de allí debió convencerse del carácter definitivo que tomaría la guerra. Por esa época aparecen los periódicos guaraníes *Cacique Lambaré* y *Cabichuí* destinados a fomentar aquella identidad étnica que se estrellaría contra las armas aliadas.

Es interesante comprobar que la triple alianza está formada por un conjunto incongruente de nacionalidades. Las fuerzas argentinas están comandadas por una mayoría de oficiales extranjeros¹⁶, marinos italianos, paraguayos capturados y obligados a luchar contra los suyos¹⁷, y numerosos “personeros” y mercenarios: la “legión polaca”, suizos y alemanes de la guardia papal enrolados por Hilario Ascasubi; los “pa-politanos” que mencionaba (Martín) Fierro. El general italiano Cerri decía del 3 de línea que peleó en Tuyutí: “Caballos, jinetes, infantes yacían amontonados mezclando la sangre americana con la sangre suiza, italiana, francesa, alemana, griega, belga, austríaca y española de setenta reclutas contratados en Europa” (De Marco, 2007; 74). Y la guardia nacional, compuesta por presos y “vagos” que no pudieron escapar al exiguo reclutamiento de las provincias mostraban parecida heterogeneidad.

En pocas oportunidades se han confrontado tanto dos realidades, una nacional, otra pre-nacional, o internacional; una orgánica (no he dicho natural); otra un artificio de estado, o de estados. La tragedia paraguaya consistió en que quienes habían adquirido identidad por la guerra iban a encontrar su negación inmediata por las armas.

¹⁶ Las unidades de línea del ejército argentino al comenzar el conflicto estaban integradas por 4 argentinos, 7 uruguayos, 3 italianos y 1 español (De Marco; 62).

¹⁷ Flores a Mitre, Cuartel de Restauración, 18/8/65: “Los batallones orientales han sufrido una gran baja; y estoy resuelto a reemplazarla con los prisioneros paraguayos, dándole una parte al general Paunero para aumentar sus batallones” (Mitre, Archivo, 1911, Tomo IV; 32)

Cuando Sarmiento en 1858 fue nombrado Director de Historia en el Ateneo del Plata concibió su noción del fin de la historia, entendida como la evolución del espíritu según un grado de libertad sólo alcanzable en América. Lo que no es conforme al principio absoluto “no es América; es la otra porción del continente, son restos de otro mundo condenado a desaparecer” (...) Y afirma: “El Paraguay cerró sus ojos a la luz y sus puertas al comercio. El Paraguay es un pedazo del mundo antiguo”, mientras que en el periódico *El Nacional* escribía el mismo año que “es preciso limpiar estos ríos de multitud de trabas, derechos diferenciales y maldades de todo género. Sabemos que (los norteamericanos, que enviaron una flota de 20 naves) no lo harán y tendremos que luchar años todavía para fundar en beneficio del comercio europeo la verdadera libertad de los ríos”.

¿Es que acaso la historia del Paraguay se desarrolla y llega a su culminación con la guerra? Esta pregunta puede recorrer dos espacios de conflicto: uno es el económico, argumento principal del revisionismo, que tanto en Pomer como en Rosa imagina a un Paraguay “riquísimo” (Rosa, 1986; 20), “mal ejemplo” (Pomer, 2008; 19) para la burguesía inglesa. Pero también podríamos pensar que no es la “estúpida economía”, sino que no había lugar para un Paraguay autónomo que se diera una política propia respecto de sus vecinos, quienes supieron utilizar la muy explícita política diplomática paraguaya, o la falta de ella, para legitimar a sus grupos internos en la tarea de sus propias organizaciones nacionales.

Entre el reconocimiento de la independencia del Paraguay por Brasil en 1842 y su invasión de Asunción en 1868 ha mediado apenas una generación, justamente la que pasa de Carlos López, quien asume en 1844 y muere en 1862, a su hijo Solano, quien vivirá y gobernará ocho años. Creo que en esa brevedad se cifró parte del devenir de un Paraguay más extenso que el actual, pero igualmente mediterráneo, que no pudo resolver satisfactoriamente sus alianzas y se vio hostilizado por las prensas y los gobiernos de la Argentina y Brasil. Estas tensiones nacionales y regionales no hicieron inevitable a la guerra, que siempre tiene un componente espontáneo, pero marcan su lógica política: cuando Paraguay intenta oponerse a la invasión brasileña a Uruguay en nombre del

“equilibrio regional”, se le hará saber que, en forma definitiva, no formará parte de él. No vanamente el tratado de la triple alianza tiene carácter “perpetuo”.

El revisionismo, en cambio, cuando traslada su dialéctica del campo económico al de las esencias nacionales, toma el camino de la “raza”, de un hispanismo y un catolicismo que se enfrenta al liberalismo masón internacional. Recordemos que Alberdi presentaba en 1868 una suerte de historia poética en la que el Paraguay continuaba con la última fase de la Revolución de Mayo, es decir, de las luchas antiborbónicas por la independencia. Pero para Solano López se trataba, a mediados de la guerra, simplemente de la independencia del Paraguay.

Para Cardozo, fue fruto de un convencimiento gradual: Solano López ingresó en la guerra concibiéndola como la continuación de la diplomacia por otros medios. Pero “esta concepción de la guerra, donde las naciones dirimen sus disputas a primera sangre, sin tener en vista la destrucción del adversario, adolecía de una falla fundamental: no era compartida por el Brasil”. El Imperio debía dejar sentado a todos los países sudamericanos su capacidad de aniquilación. Se añadía además una cuestión personal, señala Washburn: la osadía de López de querer introducirse en la familia real, rebajándola al nivel de una tribu pampeana (sic). Pedro II nunca firmaría la paz con López.

Cierta o no, la hipótesis de Cardozo se ajusta a los hechos. Sabemos que López solicita la paz a Mitre, con la presencia de Flores, en Yataí Corá el 9 de septiembre de 1866. Ambos firman el protocolo de su fracaso. Leemos de Mitre sólo dos líneas: “limitándose a oír, contestó que se refería a la decisión de sus aliados, según sus compromisos”. Y el ministro Saraiva le contestó: “Ninguna autoridad brasileña, diplomática o militar, podrá tratar con el presidente López, ni con otra autoridad o persona, ni siquiera con un gobierno provisional o permanente, que en sustitución del suyo se constituya en la república, mientras el presidente López se halle en territorio de ésta”.

Antes de la entrevista se habían desarrollado cinco batallas con derrota paraguaya, entre ellas, Tuyutí, que dejó 6000 fallecidos paraguayos y mil aliados; después de ella, sucedió Curupaity, que aniquila el 30 % de los aliados,

más de 4000 hombres¹⁸. Ni la derrota ni la victoria son suficientes. Brasil no quiere la paz. Solano López no quiso dejar el Paraguay, en todos los sentidos que el término suponga.

¹⁸ En la reciente estrategia militar de la guerra de posiciones, estrenada con la secesión norteamericana, los atacantes son los que llevan la desventaja. Anteriormente, se desarrollaban en Argentina guerras de movimientos rápidos y envolventes, propios de la caballería.

Bibliografía:

Alberdi, Juan B. (1962): *Historia de la guerra del Paraguay*; Buenos Aires, Ediciones de la patria grande.

Báez, Cecilio (1910): *Resumen de historia del Paraguay*; Asunción.

Bermejo, Ildelfonso (1873): *Episodios de la vida privada, política y social en la república del Paraguay*, Madrid, Imprenta Labajos.

Brezzo, L. (2007): "La historiografía paraguaya: del aislamiento a la superación de la mediterraneidad"

Cárcano, Ramón (1939): *Guerra del Paraguay: Orígenes y causas*; Buenos Aires, Editores Domingo Viau.

Cardozo, Efraín (1961): *El Imperio del Brasil y el Río de la Plata. Antecedentes y estallido de la guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Librería del Plata.

De Marco, Miguel Ángel (2007): *La guerra del Paraguay*; Buenos Aires, Emecé.

Doratioto, Francisco (2006) *Maldita guerra*; Buenos Aires, Emecé.

García Mellid, Atilio (1963): *Proceso a los falsificadores de la guerra del Paraguay*; Buenos Aires, Ediciones Teoría.

Duhalde, Eduardo Luis y Ortega Peña, Rodolfo: *El pensamiento político de Solano López* (1969); Buenos Aires, Sudestada.

Godoi, Juan Silvano (1912): *El barón de Río Branco y la muerte del general López*, Asunción, Talleres Nacionales.

Halperín Donghi, Tulio (2005): *Historia contemporánea de América Latina*; Buenos Aires, Alianza.

Kroeber, Clifton (1967): *La navegación de los ríos en la historia argentina*; Buenos Aires, Paidós.

Marí, Enrique (1993): *Papeles de filosofía*; Buenos Aires, Editorial Biblos.

Pigna, Felipe (2008): *Los mitos de la historia argentina, tomo II*, Buenos Aires, Norma.

Pomer, León (2008) : *La guerra del Paraguay*; Buenos Aires, Leviatán.

Reali, Laura (2006): "Entre historia y memoria: la producción de Luis A. De Herrera en los orígenes de un relato revisionista sobre la guerra del Paraguay"; *Nuevo mundo, mundos nuevos*, París, Coloquios de la Ecole des Hautes Etudes; en: <http://nuevomundo.revues.org//index1725.html>.

Rosa, José María (1986): *La guerra del Paraguay*; Buenos Aires, Hyspamérica.

Rodríguez Alcalá, Guido: *Ideología autoritaria* (1987) Asunción, Ediciones RP.

Sarmiento, Domingo F. (1917): *Obras escogidas*; Buenos Aires, Librería La Facultad, Tomo XV.

Washburn, Charles (1871): *The History of Paraguay*; s.d., Lee and Sheppard; (1892): *Historia del Paraguay*; Asunción, Revista del Paraguay

Whigham, Thomas Lyle (2006): "La guerra destruye, la guerra construye. Ensayo sobre el desarrollo del nacionalismo en Sudamérica" *Nuevo mundo, mundos nuevos*, París, Coloquios de la Ecole des Hautes Etudes; en: <http://nuevomundo.revues.org//index2074.html>.

Fuentes:

Archivo del General Mitre; Buenos Aires, Biblioteca La Nación, 1911.

Archivo Rufino de Elizalde; Buenos Aires.

Álbum de la guerra del Paraguay; Buenos Aires, J. Solé y Rodríguez, 1893.

Alfredo Siedl, agosto 2008